

CIUDADES

VOLUMEN 3

Pablo Vega Centeno,
editor

Lima, diversidad y fragmentación de una metrópoli emergente



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión

Coordinador editorial

Manuel Dammert G.

Comité editorial

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Edición de estilo

Andrea Pequeño

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-06-3

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: noviembre de 2009

Contenido

Presentación	7
Introducción	9
<i>Pablo Vega Centeno</i>	
I. Geografía urbana y globalización	
La ciudad latinoamericana: la construcción de un modelo. Vigencia y perspectivas	27
<i>Jürgen Bähr y Axel Borsdorf</i>	
Lima de los noventa: neoliberalismo, arquitectura y urbanismo	47
<i>Wiley Ludeña</i>	
Dimensión metropolitana de la globalización: lima a fines del siglo XX	71
<i>Miriam Chion</i>	
La formación de enclaves residenciales en Lima en el contexto de la inseguridad	97
<i>Jörg Plöger</i>	

II. Cultura urbana

Urbanización temprana en Lima, 1535-1900 143

Aldo Panfichi

Los rostros cambiantes de la ciudad:
cultura urbana y antropología en el Perú 167

Pablo Sandoval

III. Gobierno de la ciudad: planificación y gestión de políticas públicas

Políticas urbanas y expansión
de las barriadas, 1961-2000 223

Julio Calderón

Pobreza y desarrollo urbano en el Perú 255

Gustavo Riofrío

Lima: descentralización,
democratización y desarrollo 283

Jaime Joseph

Espacios públicos, centralidad y democracia.
El Centro Histórico de Lima. Periodo 1980 – 2004 325

Miriam Chion y Wiley Ludeña

Lima de los noventa: neoliberalismo, arquitectura y urbanismo*

Wiley Ludeña Urquizo

Lima se ha vuelto hoy cachacienta
y sacavueltera...
(Frase de microbús)

Introducción

Hay una torre de sede bancaria de Hans Holein erigiéndose en Lima. Bernardo Fort Brescia con su americana ARQUITECTÓNICA, se impone como imperativo estético en cuanto arquitectura de bancos, hoteles y centros comerciales se hace hoy. Henry Ciriani ha “vuelto” a Lima con un enorme proyecto, una suerte de homenaje de fin de siglo a Le Corbusier. GREMCO, un agresivo pulpo inmobiliario, se ha “comprado” casi medio Lima para hacer edulcorados fragmentos de Miami. El barrio Gamarra, hoy el centro comercial-productivo informal más grande de América Latina, es un auténtico hormiguero en permanente movimiento: un pedazo de Taiwan en fiebre de dinero. La pobreza crónica urbana se ha incrementado en esta Lima de los noventa del 14,8% al 16,6%. Lima es una fiesta, pero con música fúnebre de fondo.

Más cercana a una ciudad del capitalismo salvaje del siglo XIX, reeditado en clave de discurso neoliberal y neopopulista, Lima es probablemente uno de los mejores ejemplos en América Latina para observar con nitidez la “nueva” arquitectura y parafernalia figurativa surgida del reordenamiento liberal de la economía peruana. La huachafa casa del nuevo rico de Tocache espera la próxima obra de Michael Graves en Lima. El

* Publicado originalmente en: Ludeña Urquizo, Wiley (1998). “Lima: neoliberalismo, arquitectura y ciudad” / “Lima: Neoliberalismus, Architektur und Stadt”. *TRIALOG 57*, Zeitschrift für das Planen und Bauen in der Dritten Welt, Año 10, No.2. pp. 5-17.

estilo miamesco (siguiendo la tradición de los churriguerescos y demás “escos”) de los cafés mirafloresinos, compite con las esteras tardomodernas de los miles de constructores informales. Lima ha ingresado ya, por apercebimiento, al patio trasero de una omnipresente *Global City*.

Así como existe un consenso en reconocer que entre los tres presidentes —Cardoso, Menem y Fujimori—, los cuales encarnan mejor en América Latina el discurso neoliberal y neopopulista, Fujimori es el que mejor, de manera más autoritaria y “eficiente” representa a esta prédica. Asimismo, puede advertirse que la arquitectura peruana de los noventa representa también con singular estridencia y “eficacia” la lógica y formas de aquella arquitectura alimentada por las arcas del gran capital internacional, del capital golondrino de Miami o del dinero proveniente del narcotráfico, movilizados por el liberalismo fujimorista. Presidente “chicha” y arquitectura “chicha”: he ahí —con todo lo de positivo y negativo que tiene este posmoderno peruanismo—, la quintaesencia de una arquitectura hecha de compulsivo neoliberalismo y alienación neopopulista.¹

La Lima de fines de los noventa ya no es la misma ciudad que la de diez años antes. La profunda transformación que ha tenido lugar en este período, ha terminado por modificar el formato tradicional de esta especie de metrópoli-barriada. Lima es hoy escenario de nuevos procesos, complejas arquitecturas y desusados megaproyectos en medio de, igualmente, nuevos conflictos sociales y económicos.

A inicios de los noventa, Lima parecía una dramática réplica latinoamericana de una Beirut permanentemente bombardeada. Era una ciudad de coches-bomba, que convertían la ciudad cada semana en un tétrico

1 Parece acertada las diferencias que establece Weyland (1997) entre las nociones clásicas de “liberalismo” y “populismo” y aquellas definidas hoy como “neoliberalismo” y “neopopulismo”. A diferencia del liberalismo clásico, que se aplicó edificando al mismo tiempo un estado pertinente, el neoliberalismo apuesta por el desmontaje de un aparato estatal preexistente vía la absolutización de las leyes del libre mercado y la privatización de todo el aparato productivo. A diferencia del populismo clásico, cuyos líderes —desde los cuarenta— al apostar por la modernización industrial capitalista tenían como base social al emergente proletariado industrial latinoamericano, el neopopulismo de los noventa tiene un programa y referente social distintos: apuesta por políticas de libre mercado y transnacionalización económica, se opone a formas organizadas de la sociedad civil y convoca con retórica populista al sector “informal” y la masa de pobres en situación extrema como su principal base social. En Perú, la población en extrema pobreza representa casi el 20% de la población total. En términos de Weyland, Fujimori, es un típico “neopopulista neoliberal” (Weyland, 1997).

escenario de escombros y muerte. Una ciudad al borde del precipicio. La mitad del tiempo no había agua ni electricidad. Lima en anomia social parecía dirigirse a su propia desintegración polpotiana, como aspiraba el proyecto antiurbano de Sendero Luminoso. Esa “Lima la horrible”, inventada por el poeta César Moro y repensada por Sebastián Salazar Bondy, entonces, se hizo más miserable de lo que había sido siempre: la profunda crisis económica de los ochenta continuaba inexorablemente sin detenerse. Parecía, se decía así, una ciudad sin salida, sin futuro.

Lima de fines de los noventa vivió un estado de euforia y adormecimiento permanente, que es casi lo mismo que reconocer al limeño víctima de las fauces insaciables del consumismo y la evasión posmoderna. No obstante las enormes tasas de desempleo y subempleo, no existe fin de semana donde los limeños no invadan con ansiedad los nuevos espacios de diversión y consumo como si fuera la última oportunidad de hacerlo. La arquitectura que surge de esta inducida necesidad se hace para ello: es a la vez causante y víctima propiciatoria hecha de recursos fáciles para producir la excitación primaria de los sentidos. Los psicólogos sociales han tratado de explicar esta suerte de desenfreno colectivo o deseos de evasión atribuyéndolo a los años de enclaustramiento forzado, temor colectivo y prohibiciones a toda forma de diversión pública que tuvo que padecer la sociedad limeña durante gran parte de la década del ochenta.

A dos años de finalizar la década y el siglo, Lima se convirtió en un enorme, frenético y abigarrado mercado de consumo y de pequeños productores. Como en la salvaje competencia de los *talk-shows* limeños de hoy, aquí escatología y miseria humana se juntan para revelar un desaprensivo “todo vale”. Ahora en Lima todo se vende y todo se compra. Se construye en todas partes. Los ricos están haciéndose más ricos y los pobres se hacen más pobres. Surgen imágenes inusitadas y partes de la ciudad adquieren un perfil parecido ya sea a cualquier bullente ciudad-fábrica de oriente o a un tranquilo suburbio de ciudad americana. Lima experimenta un *boom* inmobiliario y no hay quincena donde no se inaugure un nuevo centro comercial, un lujoso complejo de cines o restaurantes cada vez más exclusivos y exóticos. El paisaje de la ciudad se ha modificado radicalmente, mientras que el caos automotor y la incontrolada delincuencia urbana parecen el modo cotidiano de experimentar la ciudad.

Lima de los noventa: la realidad de las cifras y las cifras de la realidad

Según las estimaciones del Instituto Nacional de Estadística e Informativa (INEI), Lima-Callao inicia la década de 1990 con una población estimada de cerca de 6 millones de habitantes y en 1996 el área conurbada de Lima-Callao era de 28.165 Km². Para el año 2000, se proyectaba un estimado de 7 millones 506 Mil habitantes (en Guillén, 1997).

La aplicación radical del modelo neoliberal en la economía peruana se ha traducido en una serie de indicadores macroeconómicos que ratificarían los sorprendentes “éxitos” de la administración Fujimori. Luego de un crecimiento negativo acumulado de -23,4% entre 1988 y 1992, entre 1993 y 1996 el PBI registró un crecimiento acumulado de 32,1% con una tasa promedio anual de 7,2. En este segundo período, según estimaciones del INEI y CEPAL, el Perú es el país que lideró el crecimiento económico de la región.

Durante la década de los noventa se ha producido una profunda reestructuración de las bases que sostienen la economía peruana y, específicamente, el capital de trabajo. Los sectores más favorecidos han sido sin duda el sector financiero, el comercial y de servicios y el sector de las grandes empresas nacionales y transnacionales. Los menos beneficiados han sido el sector industrial, los exportadores no primarios y la agricultura tradicional.

En este marco, uno de los sectores económicos más dinámicos y sobre el cual se ha apoyado la expansión económica liberal, ha sido el sector de la construcción. Mientras entre 1985 y 1989 la tasa de crecimiento acumulado fue de apenas 7,1 puntos con una tasa promedio anual de 1,4, la tasa acumulada en el período 1990-1997 fue de 86,9 con una tasa anual promedio de 12,4. Para 1998 se estimaba un crecimiento del sector construcción de entre 10% y 12%, con una inversión aproximada de 3.100 millones de dólares. Lima Metropolitana es la que concentra y se beneficia con más del 50% de toda esta inversión.

En medio de la euforia y optimismo económico del régimen, la “otra” realidad parece demostrar que tras esta entusiasta fiesta de indicadores macroeconómicos, subsiste una dramática realidad de creciente pobreza y acrecentamiento de la desigualdad en la distribución de la riqueza. La teoría del “chorreo” liberal tampoco ha funcionado en el Perú.

En Lima de 1994, según estimaciones del Banco Central de Reserva, el 60% de la población se encontraba en situación de pobreza y el 24% en situación de extrema pobreza. Si bien los índices de pobreza y de extrema pobreza son menores al del resto del país, en el transcurso de la década se ha registrado un dramático incremento del sector "crónico" de pobreza. Según estimaciones del Instituto CUANTO, si en 1991 el 14,8% de la población de Lima Metropolitana se encontraba en situación de pobreza crónica, este porcentaje creció al 16,6% en 1994 (Ismodes, 1997).

La Lima de los noventa refleja esta situación de modo particularmente sensible. Sigue siendo aún una ciudad miserable con pequeñas islas de ciudad primermundista. Según estimaciones del INEI, en 1996 el 35% de la población de Lima habitaba en barriadas. Si a esta cifra se añade aquel 4% que residía en el área central en condiciones de tugurización y deterioro físico, casi el 40% habitaba una ciudad informal y casi miserable. En Lima, el 48% del total de unidades de vivienda estaban construidas con los típicos materiales de la más absoluta precariedad: adobe, quincha, esteras, techos de calamina, caña u hojas de palmeras y otros materiales inadecuados. Asimismo, del total de unidades de vivienda existentes para esa fecha, el 40% carecía de servicios de agua, el 42% de redes de desagüe, el 23% de electricidad y el 3,9% de todos los servicios.

La metrópoli peruana no ha escapado a la rutina típica de los cambios que se produjeron (y producen) como consecuencia de la aplicación de políticas neoliberales de reactivación económica en muchos países de América Latina. Sin embargo, Lima no es Buenos Aires ni Santiago de Chile. Aquí la existencia de una extendida economía informal y una vasta población que habita en barriadas, le otorga a ésta atributos particulares que la distinguen de otras metrópolis insertas en economías de libre mercado y privatización urbanas. Solo un dato sobre el sector informal: entre 1990 y 1994 la participación del sector informal en la Población Económicamente Activa (PEA) ocupada pasó del 45,7% al 48,4%. Es decir, casi la mitad de la PEA está definida por la dinámica económica informal. Lima es, pues, una ciudad básicamente informal y precaria.

No se ha desarrollado, hasta el momento [1998], una teoría pertinente a los procesos de transformación de las metrópolis latinoamericanas sujetas a políticas económicas de corte neoliberal, y su efecto en el ámbito de la producción arquitectónica y urbanística. Sin embargo, la realidad

nos ha revelado ya una serie de fenómenos análogos, coincidentes o diferentes entre las distintas ciudades, por lo que es posible inferir algunos juicios de posible generalización.

La ciudad latinoamericana del reajuste neoliberal, es una ciudad que empieza con tímidos cambios de piel hasta revelar modificaciones substanciales en su estructura interna. Aquí, los cambios se dirigen desde el mundo elusivo de las apariencias hacia el mundo interior de las estructuras. Cambia primero la piel para luego mudar su esencia. Surgen primero las escenografías efímeras exaltando el consumo por el consumo mismo. Y luego, continúa el segundo gran cambio de piel: aparecen los megaproyectos y la ciudad se privatiza bajo el enorme impacto de inversiones que “mueven” la ciudad (o sus partes) en función de los nuevos intereses económicos y sociales.

Neoliberalismo y arquitectura

La arquitectura peruana (o limeña, propiamente) de los noventa tiene todos los ingredientes de una explosión errática de intenciones plurales, autocomplacientes y portadoras del típico cinismo cultural que conlleva la defensa del *laissez faire* ultraliberal. No representa siquiera la irrupción pensada de una defendida ética posmoderna apostando por la pluralidad y la controversia deliberada: encarna apenas la ética de la simple imitación y la dependencia cultural. Arquitectura fácil y efectista, inclusive en aquellas que pretenden no serlo refugiándose en citas cultas de una determinada tradición académica. Hay mucha carne con hueso (o mucho hueso sin carne), diría el dicho popular.

La arquitectura limeña de los últimos años es el espejo de un país privatizado, transnacionalizado y en trance de ser vaciado de identidad. La arquitectura resultante: una arquitectura igualmente privatizada, hecha del menor esfuerzo y la máxima ganancia para deificar el libre mercado por sobre los intereses de lo colectivo y la construcción democrática de ciudadanía. Es una arquitectura y urbanismo que apuesta por la individualización autista del fragmento y, por lo tanto, por la arquitectura del no-lugar, la no-ciudad y la banalización de la condición humana.

El programa neoliberal fujimorista tuvo en el desmantelamiento del Estado, como agente promotor e inversor, uno de sus principales fundamentos, con enormes repercusiones en el ámbito de la producción arquitectónica y urbanística del país. A diferencia de décadas precedentes, en las cuales el origen y presencia de los mejores episodios de la arquitectura y urbanismo modernos en el Perú vino de la mano de la inversión pública en materia de vivienda e infraestructura social, a partir del *shock* fujimorista de 1990 habría de desaparecer casi por completo cualquier intervención estatal en términos de arquitectura y urbanismo. Excepciones: la sede de la Biblioteca Nacional (desde hace tres años paralizada en su construcción) y los cientos de “colegios de Fujimori” construidos apresuradamente a lo largo y ancho del Perú bajo una misma matriz constructiva y estilística. Estos colegios con su uniformizado color naranja (el color del partido de Fujimori, CAMBIO 90) y en muchos casos deplorable calidad constructiva, han sido convertidos en el símbolo omnipresente del proyecto fujimorista.

Otro caso de singular efecto en la reestructuración neoliberal de la arquitectura y urbanismo peruanos, son los sectores a los que se ha dirigido fundamentalmente la inversión privada. Aparte de la enorme inversión que ha tenido lugar en el sector de la producción primaria (minería y pesca), el principal segmento de la inversión nacional y extranjera se ha dirigido exclusivamente al área del comercio, turismo, recreación, servicios y vivienda para la población de altos ingresos. Con el proyecto fujimorista, el Perú vuelve —de algún modo— al siglo XIX, al priorizar su rol de país exportador de materias primas, la producción agroindustrial y asignándole un decisivo peso al sector turismo. En este esquema, las ciudades se asumirán sólo como simples polos de servicios, intermediación financiera y centros privilegiados de consumo.

Como sucedió en el Chile de los *Chicago Boys* y la Argentina de Menem-Cavallo, una vez liberado el campo de interferencias con la desaparición del estado como agente inversor y regulador, las primeras señales de la reestructuración neoliberal se tradujeron en una suerte de primer cambio de piel. Es casi una ley, a juzgar por la reciente experiencia latinoamericana. Lo primero que espera y hace el capital privado, aún inseguro o temeroso a “vueltas” estatistas, es dirigir sus inversiones no sólo con el objetivo de crear las bases de una rápida expansión

del consumo suntuario, sino que también en áreas de fácil y rápida capitalización.

Primer cambio de piel

Lima siempre fue una ciudad de discretos avisos publicitarios y una casi ausente arquitectura electrográfica para la noche, para utilizar el término de Tom Wolfe. En poco tiempo sus calles y espacios públicos, se vieron invadidos por una selva de monumentales vallas publicitarias, cada cual más grande que la otra, compitiendo en tamaño y significación con la propia arquitectura. No sólo eso: la noche empezó a ser mejor iluminada y, de pronto, el imaginario urbano construía la antípoda del oscuro infierno limeño de los ochenta. Como dice bien Beingolea (1997), la renovada iluminación no sólo significó una superación de la ciudad en tinieblas de los ochenta, sino además la multiplicación nocturna del desorden y caos.

Los grifos privatizados, las nuevas cabinas de teléfono y los iluminados paraderos de buses impusieron un nuevo orden formal al día y a la noche en una Lima modesta y precaria, que jamás había invertido en este tipo de objetos del mobiliario urbano. La ciudad se hizo “moderna” de un día para otro. Esta Lima escenográfica, fue delineada desde las oficinas de diseño y marketing por los denominados “creativos” españoles de la Compañía Peruana de Teléfonos, los chilenos de los centros comerciales Santa Isabel y Saga Falabella, los inversores de la Shell y Mobil o los coreanos con su previsible diseño de tiendas para la venta de autos. Lima empezó a ser preparada para la fiesta.

Como otro componente de este primer cambio de piel liberal, la arquitectura que se desarrolla es apenas inferencia de un simple reciclaje de edificios preexistentes, o bien construcción rápida para albergar la ávida expansión de los restaurantes *fast food*, las discotecas de fin de semana, los cafés de ruido diseñado, así como los primeros centros comerciales de barrio. La estética urbana es la estética de las discotecas de cartón y plástico, los *Burger King*, los *MacDonald's* o los *Bembo's*, y esa infinita serie de versiones cholas detrás de cuya historia seguramente había una

La arquitectura surgida de estas intervenciones no por ser (o tal vez por ser eso) la más fácil, ligera o “desechable” es la que menos influencia tiene a la hora de calificar la identidad arquitectónica de la década. Al contrario: probablemente esta arquitectura de clichés traducida en una seudo-Disneylandia liliputiense de patético *kitsch* presente en la arquitectura del sector comercial y servicios, sea la que mejor encarne la voracidad económica y la irresponsabilidad urbanística de sus promotores. La Lima de los noventa se ha hecho así de una arquitectura de cartón, de dobles rostros y de la grasa cultural de cualquier hamburguesa diseñada por la industria del *fast food*. Es una arquitectura disfrazada de extravagancia figurativa y alusiones primarias que evocan un mundo ilusorio dispuesto para la evasión y el adormecimiento colectivo.

Segundo cambio de piel

La arquitectura de fondo, la de más proyección y envergadura, proveniente de la reactivación neoliberal hará su aparición de modo consistente recién a partir de inicios de la segunda mitad de la década, cuando los inversores y el capital especulativo adviertan la irreversibilidad del reajuste neoliberal así como la seguridad para la reversión de sus ganancias. Aquí es que empieza un segundo cambio de piel en la ciudad: es el momento de los grandes condominios residenciales, los edificios de lujosos apartamentos, las nuevas sedes bancarias, los hoteles de cinco estrellas en San Isidro y Miraflores, así como de los grandes *malls* como el de la Av. La Marina o el Jockey Plaza y los nuevos complejos empresariales pre-munidos de una previsible estética corporativa.

La arquitectura de este segundo grupo no es necesariamente, por ser hecha con mayor planificación y cuidado, una mejor arquitectura. Con una preeminente vocación a la cita fácil de un *High-Tech* de segunda mano y una arquitectura de pretenciosos “edificios inteligentes” hecha con lógica de publicidad y marketing, este grupo se ha convertido en una especie de imagen paradigmática para reflejar el exitoso nuevo rostro del país y Lima, dicho en términos del lenguaje oficial del régimen. Aquí, luego de hacer la mención de rigor al decálogo monotemático de Cesar Pelli y la arquitectura-marca de fábrica de las grandes corporaciones

transnacionales, también hay de todo: desde pastiches neoconstructivistas a la manera Zaha Hadid, Günter Behnisch o el primer Frank O. Gehry, hasta vueltas canonizadas del programa historicista a la manera de Michael Graves o el Philip Johnson de la AT&T., pasando por las citas estridentes a la geometría de Mario Botta o al decálogo corbusiano puesto en clave de Richard Meier.

Sin embargo, sería injusto reducir el panorama arquitectónico de los noventa a una monocorde producción de edificios dominados por criterios banales de diseño. Existe una serie importante de propuestas, las cuales no sólo intentan recuperar el sentido de la arquitectura como objeto de reflexión sobre la ciudad, la historia y el campo disciplinar mismo. Este es el lado fértil y vital de la arquitectura peruana, para utilizar el calificativo asignado por Ortiz de Zavallos (1996) al grupo de obras encabezadas por Germán Costa, Juvenal Baracco, Reynaldo Ledgard, Oscar Borasino, Ruth Alvarado y Ricardo Malachowski, entre otros arquitectos.

La arquitectura de esta década encarna una experiencia que transita desde la rápida transformación del paisaje urbano, vía la imposición de la publicidad como nuevo agente de resignificación de este, a la modificación de arquitecturas preexistentes en arquitecturas desechables y fácilmente efectistas. Todo, para concluir con intervenciones de enorme formato y aspiraciones de presencia y permanencia.

Algo destacable es que en esta década los arquitectos más renombrados, tales como José García Bryce, José Bentin, Juvenal Baracco, Oswaldo Nuñez, Emilio Soyer o Carlos Williams, entre otros, no han sido precisamente los más convocados por la reactivación liberal del mercado inmobiliario. La arquitectura de los noventa es la arquitectura de los nuevos ricos de dudoso gusto arquitectónico, o las transnacionales que aterrizan con su propia estética y arquitectos. Es esta nueva competencia con la cual las generaciones precedentes de arquitectos peruanos carecen de contactos fluidos.

Los nuevos ricos han optado por recurrir a sus “propios” hijos: arquitectos jóvenes formados en los noventa y, muchos de ellos, sin mayor experiencia que el viaje de rigor a Miami o Las Vegas. Los resultados son obvios: la arquitectura neoliberal limeña de los noventa es una de las menos reflexivas de nuestra historia. Es una arquitectura de recursos fáci-

les, cuando no mal concebida y construida. Es una arquitectura de lugares comunes y recursos banales.

Neoliberalismo, ciudad y urbanismo

Los noventa y las nuevas exigencias de capitalización urbana, trajeron consigo un substancial incremento de la inversión urbana no sólo en el rubro de los proyectos inmobiliarios, sino que también en el de la infraestructura urbana. No es exagerado decir que luego de varias décadas de contracción de esta inversión y ausencia de grandes obras urbanas, Lima se ha convertido hoy en objeto de una serie de inversiones y megaproyectos que seguramente terminarán por transformar su actual formato, como ya puede advertirse en algunas zonas de la ciudad.

La obsoleta red vial está siendo ampliada y renovada con el objeto de articular tanto los nuevos espacios de residencia y consumo, como los centros de comercialización y distribución. En el primer caso destacan el Periférico Vial Norte de 40 Km., (primer tramo del nuevo anillo vial) que rodeará a Lima, liberando así el dramático congestionamiento vehicular del centro de la ciudad: se encuentra hoy [1998] en plena ejecución. Otro proyecto importante, cuyas obras se iniciarán a inicios de 1999, es la nueva "vía expresa" de 20 Km., que unirá el aeropuerto internacional con la zona este a través del eje de la estratégica Av. Javier Prado. La Carretera Litoral Norte es, asimismo, una nueva e importante vía que deberá comunicar a la nueva zona industrial de Lima, que se ubicará al norte del Callao.

Dos proyectos de enorme impacto reflejan las demandas de cambios que han generado en los últimos años las principales transformaciones en la estructura urbana de Lima. Por un lado, los ampliación y modernización del Aeropuerto Internacional del Callao y, por otro, la conversión del puerto del Callao en una suerte de megapuerto de rango continental. Con estos proyectos, la Lima de Noroeste ratifica su vocación productiva, mientras que las zonas sudoeste y este hacen lo mismo, en términos de su vocación residencial y de servicios.

Sin embargo, si existe un fenómeno que ha sido el factor para tal reordenamiento selectivo de la dinámica urbana de Lima, este tiene que

ver con la actuación del capital inmobiliario nacional e internacional. Sus objetivos han sido muy claros: en primer lugar, potenciar como nuevo eje financiero y de servicios multinacionales los exclusivos distritos de San Isidro y Miraflores. El aristocrático San Isidro es el espacio que concentra hoy no sólo la mayor densidad de nuevos edificios de apartamentos de lujo, sino también la serie de los nuevos hoteles de cinco estrellas y toda la arquitectura corporativa de los llamados “complejos empresariales”.

En segundo lugar, crear con la construcción de lujosos *malls* o *shopping centers* un nuevo y exclusivo eje comercial oeste-este (avenidas Javier Prado, Primavera y Benavides) para unir los distritos de San Isidro y Miraflores con la nueva y potenciada zona residencial para los sectores de altos ingresos, “expulsados” por la transformación comercial de los dos distritos mencionados. El gigantesco *mall* Jockey Plaza (Av. Javier Prado), el renovado centro comercial de Camacho y Primavera y los nuevos edificios de departamentos de GREMCO y otras inmobiliarias en la zona del Golf Los Incas y en La Molina, son parte de esta calculada operación de especulación inmobiliaria en escala metropolitana. En este plan de asegurar un franja oeste-este socialmente exclusiva, el nuevo y proyectado *Jockey Plaza Town Center* (así denominado) de 400 millones de dólares cumplirá las funciones de pivote emblemático para esta nueva Lima balcanizada socialmente.

Redescubrimiento del litoral

Si estas dos primeras operaciones inmobiliarias tienen lugar dentro de las fronteras de la ciudad consolidada, dos nuevas conectadas operaciones operan en los escenarios del Sur limeño, extendiéndose en casi 100 km. de hasta hace poco vacío litoral. Por un lado, una frenética urbanización de esta franja del litoral, a través de la formación de decenas de descuidados balnearios carentes de toda aspiración en términos de calidad urbanística. Y, por otro, la selección de un área del sureño distrito de Lurin como la futura reserva de terrenos para la localización del equipamiento recreativo y de servicios que debe servir a la demanda de los lujosos balnearios ubicados más allá del kilómetro 50 de la Panamericana Sur. Es

casi seguro que la zona sur de Lima será, a inicios del siglo XXI, el próximo gran campo de batalla entre los últimos campesinos de Lima y la voracidad de los especuladores. Hoy, los invasores del desierto ya no son los migrantes pobres sin techo: son los nuevos ricos y los grandes consorcios inmobiliarios, cuyo creciente poder se ha visto ratificado al reducir a 1.700 hectáreas, las más de 8 mil hectáreas previstas inicialmente por el gobierno para crear un enorme parque ecológico en el desierto del sur de Lima.

La conversión del litoral limeño en un espacio más de especulación y rentabilidad urbanas, es otro fenómeno nuevo procreado en los noventa. Si bien este espacio de la ciudad fue siempre objeto de intervenciones urbanísticas, la envergadura de la inversión en juego y naturaleza de los proyectos resulta algo sin antecedentes en la historia urbana de Lima. El redescubrimiento del litoral limeño como un espacio de urbanización acelerada, se ha traducido en la formulación de dos modalidades de intervención: primero, una serie de proyectos para los casi cinco kilómetros de la franja de la Costa Verde, especialmente para la franja colindante con los distritos de Miraflores y Barranco. Aquí el capital inversor tiene previsto construir hoteles, centros de convenciones, restaurantes, casinos, etc., con lo cual ha decidido convertir las playas (que son por ley espacios públicos) en espacios de uso selectivo, cuando no privado. Y, segundo, la otra modalidad de intervención tiene que ver con la urbanización del litoral para uso residencial dirigido a la clase media-alta y alta, tal como se deduce de la naturaleza del primero de los enormes conjuntos de vivienda que GREMCO ha decidido empezar a construir este año [1998]. Se trata de la Ciudad Costa Verde que, con una inversión cercana a los 1.500 millones de dólares, se ubica en la franja costera entre La Herradura y La Chira, contiguo al distrito de Chorrillos. Su construcción prevista para ser concluida en diez años contempla varias fases.

La reactivación neoliberal de la economía peruana, ha supuesto el arribo de un flujo considerable de inversiones nacionales y del extranjero en el sector inmobiliario. Su magnitud no tiene equivalente en la historia urbana de Lima, salvo la inversión registrada en la década de los años veinte. Por ello, el impacto de su actuación en la dinámica urbana de la metrópoli peruana ha conseguido, en pocos años, transformar su formato. Estas inversiones han conseguido ya se acentuar las tendencias social-

mente selectivas del uso del suelo antes registradas, así como impulsar nuevos espacios de intervención urbana, o acelerar la obsolescencia de otras zonas. Sin duda, los años noventa representan el inicio de un nuevo ciclo de expansión en la historia urbana de Lima socialmente discriminatoria de la ciudad.²

Una de las consecuencias más importantes de la actual dinámica urbana impuesta por la envergadura de inusuales montos de inversión para la escala tradicional limeña, es que ha puesto en cuestión no solo la lógica tradicional de expansión de Lima, sino también las debilidades de una formación profesional no entrenada en la escala de la transformación urbanística de la ciudad. Si antes Lima crecía casa por casa, edificio por edificio, es decir, arquitectura por arquitectura, hoy experimenta la transformación de grandes áreas en términos urbanísticos.

La escala urbanística de transformación de la ciudad ha vuelto a surgir como campo de acción y tema de reflexión. Esta es una problemática puesta nuevamente, en medio de una tradición proyectual dominada casi exclusivamente por la escala del diseño arquitectónico y la consideración del objeto arquitectónico, como una realidad autárquica que se impone y se agota asimismo. La insolvencia urbanística y la clamorosa falta de creatividad y energía innovadora de la mayoría de proyectos (Ciudad Costa Verde, Jockey Plaza Town Center, Centro Empresarial La Molina, entre otros), tal vez se explique por esta falta de experiencia peruana en la construcción urbanística de la ciudad. Los grandes temas del urbanismo moderno y posmoderno no han sido siquiera enunciados de manera reflexiva o crítica en ninguno de los proyectos.

Recuperación del centro histórico: la historia contra la historia

2 Las tendencias aquí descritas serán seguramente reforzadas por una mayor aceleración de la inversión inmobiliaria prevista para los próximos cinco años. Según informes de Eric Rey de Castro de Colliers R. Propiedades, Consultores Inmobiliarios, en el exclusivo eje financiero San Isidro-Miraflores-La Molina están programados para construirse 29 edificios de categoría A+ y A con cerca de 200,000 m² para uso de oficinas ("crecer hasta el cielo", en: *La República*, 31.05.98). Otro megaproyecto que debe empezar a ser construido es el denominado *World Trade Center Lima*, ubicado en un área de 96,000 m² pertenecientes a los terrenos de la Feria Internacional del Pacífico. La inversión aproximada es de 40 millones de dólares y empezará a funcionar en el año 2000. El proyecto ha sido desarrollado en las oficinas americanas de ARQUITECTONICA.

Probablemente uno de los acontecimientos que quedará como hecho distintivo de los noventa, sea el proceso de recuperación del denominado centro histórico de Lima. El modo y velocidad como ha sido conducido este proceso, ha servido para ser considerado como uno de los acontecimientos urbanos de la década en América Latina. Hoy, respecto al tema de la recuperación de los centros históricos, se empieza a hablar del “Modelo Lima”.

Desde enero de 1997, se han sucedido una ininterrumpida serie de intervenciones de un fuerte sentido simbólico e impacto social. Se han renovado y recuperado las plazas más importantes del área central (La, redominada, Plaza Mayor, la Plaza San Martín, el Parque Universitario, entre otras) y muchos espacios públicos. Sin embargo, la intervención más importante ha sido, sin duda, la solución adoptada para retirar del área central cualquier forma del densificado comercio ambulatorio. El centro ha quedado literalmente vacío de los casi 20 mil ambulantes para adquirir la imagen de una sugestiva nueva realidad.

¿Por qué es que, luego de varios intentos frustrados, recién en esta ocasión pareciera iniciarse con reconocido éxito la transformación del centro histórico de Lima? ¿Qué relación existe entre la vocación del reajuste neoliberal por la arquitectura nueva y la modernización de la periferia con esa “vuelta” al centro histórico y el rescate de la memoria histórica? ¿Tiene que ver en algo el hecho que detrás del proceso de recuperación esté un líder opositor al régimen de Fujimori?

Puede pasar por una tesis demasiado rebuscada si afirmamos que, en materia de intereses ideológicos, sociales y económicos, el proyecto del alcalde Alberto Andrade y el del presidente Alberto Fujimori, representan opciones paradójicamente complementarias cuando semejantes. Al menos en materia de ciudad y urbanismo, los dos encarnan dos rostros surgidos de la misma lógica de producción urbana y que se requieren mutuamente. El centro histórico se hace necesario como proyecto de recuperación urbana, en la exacta proporción del peso que adquiere la transformación librecambista de la periferia. La ciudad de Fujimori necesita de la ciudad histórica de Andrade, como la ciudad del alcalde limeño precisa de la ciudad neoliberal de Fujimori.

¿Qué es lo que articula y une a estos dos discursos o a estas dos ciudades, la de Fujimori y Andrade, aparentemente antitéticas? Muy simple:

los intereses de la llamada neooligarquía y su necesidad de forjar una identidad pertinente a su requerimiento de ubicuidad espacial, hoy a medio caballo entre la representación de las franquicias de negocios transnacionales y la evocación trillada de los viejos blasones pseudoaristocráticos de la antigua oligarquía limeña. Y en esta demanda de apremio de dos escenarios para resolver identidades sociales escindidas, Alberto Andrade, más que Fujimori, es quien mejor representa a esa neo-oligarquía urgida hoy de identidad histórica y que ya ha vuelto al centro, a casarse con misa en la exclusiva capilla de la iglesia de San Pedro y fiesta en el rancio y oligárquico Club Nacional.

La principal consigna de la campaña municipal de recuperación del centro histórico fue “Volvamos al Centro”. A quién estuvo dirigida esta invocación si no a los hijos o nietos de esa oligarquía, que fue ella misma por decisión propia la que hizo abandono irresponsable del centro de Lima desde los años cuarenta. Consigna discriminatoria que supone no sólo la presunción de un centro “perdido”, sino también la idea de que en las últimas décadas el centro hubiera estado vaciado de habitantes, cultura o historia.

Visto en conjunto y al margen de todo reconocimiento, el proceso de recuperación del centro histórico debe ser asumido como parte de las nuevas estrategias que se ha trazado el gran capital para garantizar nuevas modalidades de exclusión social y afirmación de poder urbano. Por ello, en el trasfondo de la necesidad de recuperar la ciudad histórica, está la aspiración de reencontrar (o encontrar) un nuevo espacio para protegerse del inexorable acoso de la ciudad informal y precaria, que ha terminado por rodear literalmente —desde los cerros— a casi todos los barrios exclusivos de la periferia (por ejemplo, Las Casuarinas). Así, los extremos se juntan.

El retorno neooligárquico al centro significa una suerte de desesperada fuga al interior-interior de la ciudad (al mismo centro-centro). Ciertamente, entre vivir rodeados de barriadas y volver a ocupar las viejas y rancias casonas de un centro, que puede ser por decisión el espacio policialmente (y socialmente) más protegido y controlado de Lima, la alternativa de retomar el centro histórico deviene la más atractiva y, simbólicamente, la más productiva.

62 Al margen de una lectura sobre las motivaciones ideológicas de fondo, el Plan de Recuperación del Centro Histórico ha producido con-

tribuciones importantes en materia de experiencia proyectual y gestión urbana, sobre todo en esa área en el que el Perú carece de una consistente tradición: la renovación urbana en áreas centrales. Proyectos como el Plan Piloto de Renovación Urbana de Barrios, el Proyecto del Río Hablador, o el Plan de Renovación Urbana de las tres primeras cuadras de la Av. Argentina, así como el Parque Cultural, representan un indiscutible aporte. De otro lado, el replanteamiento de la actual estructura del área central, vía su ampliación, y la asignación de un nuevo rol en el contexto de la competencia globalizada entre metrópolis, constituyen señales de un nuevo discurso urbano surgido en los noventa (Instituto Metropolitano de Planificación, 1997).

El centro en menos de dos años tiene otro rostro. Después de casi cien años de ser abandonado por una oligarquía, que apostó por el suburbio y por la conversión del centro en un *Business District*, según el plan urbanístico de la naciente República Aristocrática, el centro se ha convertido —para esta oligarquía— en un auténtico último refugio para evitar el acoso a esa “ciudad civilizada”, defendida por personajes como Federico Elguera, Santiago Basurco o Pedro Dávalos Lisson. Esta vuelta a la “cuna” de la antigua oligarquía es de cualquier forma, otra manifestación de esta Lima que tras cien años de abrirse a la modernidad oligárquica y capitalista, retorna en un sentido a sus orígenes para confirmar la conclusión inevitable de un período importante de su propia historia.

Expansión neoliberal y la “nueva” barriada

Otro rasgo que caracteriza a la Lima de los noventa, es el inicio y desarrollo de un proceso contradictorio de democratización y exclusión social en el uso y desarrollo del espacio urbano. Las razones son varias. Por un lado, el ansiado proceso de descentralización y constitución de nuevos centros alternativos, enunciado por casi todos los planes de Lima desde los sesenta, empieza a concretarse en virtud de las fuerzas mismas del mercado. Y, por otro, producto de las demandas de expansión del mercado de consumidores, muchos servicios y “ventajas” antes constreñidas a las zonas privilegiadas de la ciudad, empiezan a expandirse y ubicarse en la periferia popular.

En virtud de este proceso, la periferia barrial de los noventa empieza a adquirir otro rostro. Enormes centros comerciales comienzan a ser ubicados en los principales conos de Lima: no es infrecuente ver discotecas tecnológicamente modernas en barriadas aún polvorientas, así como no lo es encontrarse con complejos empresariales e informatizados en medio de un bullente y, a la vez, miserable panorama urbano. Esta es la barriada de los noventa. Aquel proceso de formación que demoraba dos a tres décadas, se ha reducido hoy a menos de un lustro para hacer de una barriada una suerte de instantánea concentrada de todos los buenos y malos olores de la historia urbana pasada, reciente y próxima de Lima.

En medio de esto, los noventa pueden ser reconocidos como un período donde el tema de la barriada en trance de reurbanización adquiere auténtico sentido. En los noventa, es posible afirmar que concluye un ciclo histórico y empieza otro para la tradición urbanística barrial. La barriada limeña aspira a convertirse en *ciudad*. Temas como el de la renovación, ornato público y la instalación de un equipamiento urbano pertinente, adquieren sentido de programa social y político. Se inicia así en esta década, un proceso de renovación urbana de la nueva-vieja periferia constituida por cientos de barriadas, muchas de las cuales aparecen hoy como demasiado viejas sin haber llegado nunca a ser ciudades nuevas.

Probablemente, la “reurbanización” de la barriada Leticia, formada en 1936, la primera invasión de Lima reconocida como tal, sea el ejemplo límite de este proceso de conversión urbana de la barriada tradicional limeña. Por decisión del gobierno central, Leticia intenta hoy [1998] convertirse en un pintoresco barrio “turístico” de Lima. Una imagen que hubiera sido impensable hasta hace poco. Uno de los primeros efectos de este proceso que ya empieza a advertirse es, por ejemplo, la modificación del mercado de suelo en la periferia limeña. En los noventa, las abismales diferencias entre el valor del suelo urbano en Comas y Jesús María o Miraflores empiezan a desaparecer gradualmente.

La Lima neoliberal es una ciudad que se “muerde la cola”. La conversión de Leticia en un barrio formal más entre otros, es un acto más que simbólico: con esta Leticia “urbanizada” y estetizada, empieza a clausurarse un ciclo histórico de más de medio siglo caracterizado por la expansión barrial-invasiones de Lima. Leticia y probablemente otras barriadas “urbanizadas”, intentarán ser los Barrancos del siglo XXI. La Lima del futuro de

los años cuarenta, ahora empieza a ser la Lima del pasado. Las barriadas se evocan a sí mismas. Lo nuevo se hace viejo y testimonio urbano.

Sin embargo, este proceso de “democratización” promovido por el capitalismo liberal (todos propietarios y todos buenos consumidores), lleva consigo nuevas formas de exclusión social en el uso del espacio. Frente a este proceso, los estratos dominantes de Lima empiezan a diseñar o promover nuevas estrategias de diferenciación y discriminación en el uso del espacio frente a un hecho objetivo: que hoy Lima ya no le ofrece más posibilidades de exclusión espacial a estos estratos.

Por un lado, los tradicionales e inaccesibles barrios elegantes de Lima (por ejemplo, las Casuarinas o muchos de los de La Molina) súbitamente se han visto “cercados” por todos lados por la desafiante última generación de barriadas. La Lima de los noventa es una ciudad en la que se derriban viejas murallas y se alzan otras no menos evidentes. Las Casuarinas, otrora el barrio más elegante y caro de Lima, se ha visto en la necesidad de “encerrarse” tras murallas o fronteras de áreas verdes de levantados a última hora para evitar el contacto con las últimas expansiones de Pamplona. Otra razón que sugiere el fin de un ciclo: los extremos sociales y pobres están de espaldas viéndose directamente.

Informalidad, neoliberalismo y la global city-barriada

Así como los gestores y agentes económicos formales de la expansión neoliberal poseen sus propias estrategias de inserción en el proceso de globalización, también los sectores informales han desarrollado durante estos últimos años sus propias estrategias y “rutas” dentro de este proceso. Hay una *Global City* formal y una sorprendente *Global City* informal que aspira a construir su propia legitimidad no solo en referencia al país, sino a su propia capacidad de inserción en el mundo globalizado. Un buen ejemplo es el caso de Gamarra.

Gamarra representa un espacio de no más de 63 manzanas ubicadas en el distrito popular de La Victoria. Entre el congestionado Mercado Mayorista, la temible Parada y el infierno urbano que representa el turgurizado barrio El Porvenir, ocupa un espacio degradado en trance de modificación substancial. Con un movimiento de más de 600 millones de

dólares al año, este emporio de cientos de microempresas, constituye hoy una suerte de sorprendente modelo de capitalismo popular a ser replicado en otros ámbitos del Perú y América Latina. Representa el 70% de la industria textil y de confecciones del país.

El crecimiento de Gamarra en lo que va de la década [a 1998] ha sido impresionante. De las 6 mil unidades comerciales registradas en 1990, pasaron a ser 14 mil en 1997. Aquí laboran cerca de 60 mil trabajadores entre empresarios, empleados, cargadores y otros (Zubiarte, 1998). Es una inmensa factoría o mercado popular saturado de miles de personas pugnando por vender, comprar o producir en medio de la basura y nuevas arquitecturas de estridente aspiración posmoderna.

La arquitectura surgida de Gamarra es otra de las principales manifestaciones de la década. Probablemente, sea la arquitectura más representativa de la versión popular del *boom* constructivo de los noventa. De las 50 galerías de más de dos pisos existentes en el año 1993, ha subido a 100 en los últimos tres años [a 1998]. Algunas de estas galerías poseen más de 10 pisos. Un mundo aparte y alucinante: edificios mezcla de apretados talleres, zonas de venta de decenas de cubículos, restaurantes populares, ruido de redes telemáticas y ese típico colorido y olor del Perú profundo.

Si la previsible arquitectura corporativa del nuevo centro financiero en San Isidro representa la faz transnacionalizada, cosmopolita y *yuppie* del proyecto neoliberal, Gamarra es el otro polo representativo de arquitectura y capitalismo emergente donde el *Kitsch* peruano alcanza cuotas extremas de realización. Ambos se requieren y niegan. Ambos representan a la Lima neoliberal de los noventa. Ambos escenarios tienen arquitecturas distintas, pero con las mismas aspiraciones. Ambos polos tienen sus propias estrategias y redes de inserción al proceso de globalización. El nuevo centro financiero puede estar más cerca de New York o Londres. Gamarra lo está de cualquier abigarrado barrio-factoría del Asia emergente.

Sin embargo, en relación al modo de como esa Lima popular, informal y aún miserable diseña sus propias estrategias de desarrollo e inserción al mundo globalizado, Gamarra no es el único ejemplo. El proceso de convertir la emblemática barriada Villa El Salvador en una adelantada "ciudad virtual", donde democracia vecinal y red informativa se complementan, es un buen ejemplo de esa energía utópica inherente al proyecto popular de ciudad.

Las dos realidades son manifestaciones típicas de la Lima de los noventa. Por ello, un fenómeno como el de Gamarra hubiera sido inconcebible si no es en el marco de una vuelta a formas de capitalismo salvaje y el reconocimiento de una vasta y determinante economía informal, como es el caso en el Perú. Lo que hizo el reajuste neoliberal de los noventa fue solo prender el generador de una dinámica económica y urbana de insospechables proyecciones, con todo lo bueno y negativo que tiene este proceso.

Conclusiones

La Lima de fines de los noventa ya no es la misma ciudad que la de hace diez años antes. Lima es ya “otra” ciudad. La profunda transformación que ha tenido lugar en este período, ha terminado por modificar el formato y estructura tradicionales. Esta transformación no es sino el resultado de un proceso que se inicia con el fin de la fase de violencia política, el inicio de la llamada pacificación nacional y la aplicación de un radical modelo neoliberal de reactivación económica.

Si hay un rasgo que caracteriza a esta etapa aún breve para su diagnóstico cabal, es el inicio del fin de un ciclo histórico, en términos del tradicional patrón unidireccional de crecimiento horizontal y expansivo de Lima. La ciudad crece hoy simultáneamente de modo multidireccional (hacia afuera y hacia adentro) y con una tendencia clara a la expansión verticalizada. Asimismo, la tradicional estructura monocéntrica de Lima empieza a desaparecer con la creación de los primeros polos des-concentrados de desarrollo, en gran parte motivados por las leyes del mercado inmobiliario, antes que por los dictados de una planificación urbana siempre incompetente.

Si en la década de los setenta Lima experimentó una suerte de expansión “ordenada” de la periferia, la Lima de los ochenta fue la ciudad de la calcutización e informalización en medio de la crisis económica más grave de la historia republicana del Perú. Pobreza extrema, violencia política y deslegitimización de cualquier forma de gestión urbana. Fue la ciudad del desborde popular sin límites y el caótico asalto cultural del Perú profundo. La Lima de los noventa es una ciudad con aspiraciones de

poner “orden”, recuperar niveles de gobernabilidad y delimitar de modo claro el espacio urbano como conjunto de áreas de exclusión social.

La Lima de los noventa es una cita literal, en versión corregida y aumentada, de algunos de las fases que caracterizaron el discurso ultraliberal respecto a la ciudad. Aquí se encuentra el liberalismo inicial del *boom* guanero de mitad de siglo XIX, el programa liberal de Nicolás de Piérola dando nacimiento a la Lima de la República Aristocrática, así como el discurso ultraliberal del oncenio leguista.

Si en las décadas de los setenta y ochenta el principal sujeto de cambio urbano fue el poblador y las decisiones político-administrativas promovidas desde el Estado (llámese invasiones de tierras, populismo urbano, etc.), en los noventa el capital inmobiliario privado vuelve con singular agresividad a retomar el rol de principal sujeto de cambio urbano, como había sucedido a lo largo de casi todo este siglo [XX]. La ciudad se mueve hoy en función del ritmo y la dirección del gran capital inmobiliario nacional e internacional.

El saldo final de la arquitectura de los noventa es la de registrar un conjunto de intervenciones desprovisto de originalidad y vitalidad utópica. Es una arquitectura para dar forma a las circunstancias y compromisos. Es una arquitectura constituida del lado más banal de cara a la fascinación hedonista de los objetos importados. Esta es la arquitectura de los noventa, promovida por el capital privado, las grandes corporaciones internacionales y la serie de nuevos ricos provenientes del negocio fácil.

Ciudad sin ciudad. La ciudad del no-lugar. Arquitectura para el adormecimiento social y político. Fujimori ha hecho (y está haciendo[1998]) la ciudad para reelegirse *ad-infinitum*. Ciudad-casino: la Lima neoliberal es una fiesta con más de las dos terceras partes de la población fuera de ella.

Bibliografía

- Beingolea, José (1997). “Modernidad? o Modernización”. *Diseño de Espacios*, N°01-02, Año IV, Lima.
- Guillén, L y L. Scipion (1995). *Tendencias del crecimiento urbano de Lima Metropolitana al año 2015*. Lima: INEI; INADUR.
- Instituto Metropolitano de Planificación (1997). *Plan Maestro de Desarrollo Urbano del Cercado de Lima y su centro histórico y del Área Central Metropolitana*, Municipalidad Metropolitana de Lima, Noviembre. Resumen Ejecutivo.
- Ismodes, Julio Cesar (1997). *La ciudad de Lima. Economía Urbana*. Lima.
- Ortiz de Zevallos, Augusto (1996). “Momento fértil y vital de la arquitectura peruana”. *Diseño de Espacios*, N°01-02, Año III, Lima.
- Weyland, Kurt(1997). “Neopopulismo y neoliberalismo en América Latina: afinidades inesperadas”. *PRETEXTOS*, Revista del Área de Investigación Aplicada y Documentación de DESCO, N°10, Septiembre, Lima.
- Zubiate Vidal, Manuel (1998). “Gamarra, un complejo urbano”. *Construcción*, N° 136, Marzo.